

# ITINERARIO DE ROSSI

Adolfo Castañón

*a Juan Nuño*

**F**ilósofo y escritor, Alejandro Rossi ha pasado de la filosofía a la literatura sin renunciar a las disciplinas y austeridades a que está sujeto el discurso filosófico y sin hacer de esa salida al espacio del hombre común que es la literatura un pretexto para entregarse a la promiscuidad del mercado. La transición se verifica en el momento en que Rossi se encuentra en plena madurez y no deja de provocar cierta perplejidad. Para algunos participa de la conversión religiosa. A mí me recuerda la transformación que hace del pacífico y casero hidalgo Alonso Quijano un caballero andante llamado Don Quijote de la Mancha. Acaso fatigado de la reducción y concentración teórica que le proponía la filosofía o tal vez harto de las seguridades dogmáticas con que se defienden del desamparo los espíritus débiles; quizá deseoso de proseguir al aire libre su aventura

---

intelectual y con la suficiente seguridad en sí mismo para dar la cara a la incoherencia fuera del laboratorio de los silogismos y en su propio terreno, Alejandro Rossi decide romper lanzas, desenmascarar el narcisismo, mirarse a él mismo y a su lenguaje en el espejo de cuerpo entero de la página en blanco, liberar y dejar libre de paréntesis ese mundo que había quedado suspendido en el curso de sus investigaciones filosóficas, en fin, exponerse desnudo a la enfermedad incurable de las emociones y del significado que tan escrupulosamente había observado en sus análisis sobre el trabajo del lenguaje y el significado. Sin embargo, es preciso adelantar una cautela. Se trataría más bien de una transición que de una conversión. Estamos muy lejos de los lloriqueos del arrepentimiento o de la turbulencia de las abjuraciones de última hora. Rossi no reniega en ningún momento de sus hábitos intelectuales profundos, no rectifica, en su caso dista mucho de los banales adulterios intelectuales a que nos tiene acostumbrados nuestro tiempo, tan pródigo en sociólogos que se reciclan como novelistas al

---

segundo hijo, en historiadores que se reconcilian con su narcisismo en la escritura de novelas o de escritores que jubilan a su musa en el asilo de ancianos de la erudición. No, Alejandro Rossi no se encuentra entre esas legiones de individuos entusiastas e indecisos que cambian en el último minuto su destino y ceden, desfallecientes, a una ruptura sin consecuencias ni tampoco entre aquellos otros prestidigitadores que escamotean el problema asumiendo el rutinario vértigo de una doble vida intelectual, de un cómodo y bifásico ausentismo. Acaso sea esa tenaz integridad la que lo vuelve una figura en cierto sentido inoportuna en el gremio de la filosofía. Un aguafiestas que se da el lujo de salirse de la academia para descubrir con resignación que es —ni más ni menos— un pensador indiferente a los decorados de la razón pues “lo que cuenta es esa concentración” que lo ha llevado a descubrir que “cualquier acción —pensada a fondo— es un pozo que conduce al centro de la tierra”. Un pensador dispuesto a admitir varias razones, a vivir en toda su extensión las variedades de la experiencia racional, a

---

admitir que, una vez dormidos los pájaros de la opinión, ya en plena noche de la razón, el calor no ha cedido y permanece, intacta, la exigencia del sentido.

Rossi el heterodoxo, el ajedrecista y el esgrimista dispuesto a desafiar cualquier beatería profesoral y a demostrar que el hábito no hace al monje ni lo ayuda porque lo induce a tomar en serio su beatitud, el subversivo autor de tantas conversiones intelectuales entre sus amigos, discípulos y lectores, el tentador dispuesto a resistir todas las tentaciones que el lenguaje le propone al pensamiento habría dado con su paso hacia la literatura otra vuelta de tuerca a su vocación intelectual, habría quebrantado aquel voto de castidad imaginaria y emotiva que impone en su paréntesis la filosofía, para dar forma y articulación, para *salvar* —ésa es la palabra— momentos y zonas de la percepción que se esconden en el límite de una y otra experiencia y con la convicción de que hacer mala filosofía es también hacer mala literatura. Tal paso precisaba no poco valor intelectual y moral ya que asumir, abrirse a las variedades de

---

la razón puede acobardar casi a cualquiera pues equivale a reconocer, de paso, la legitimidad de otros discursos y de otros interlocutores. Ahora, al superar la impasibilidad teórica y encarnarla en una generosa ecuanimidad moral, habría seguido el impulso de aquellos filósofos de la Antigüedad que no temían salir desnudos a la plaza en busca del diálogo. En busca del diálogo y no —eso es claro, a pesar de su éxito— del mercado.

La cortesía con que Rossi se acerca al lector, la naturalidad con que intima, la amistad misma que despierta la franqueza con que nos invita a compartir su aventura están muy lejos de la indulgencia permisiva, de la coquetería facilona de cantidad de narradores y conversadores caóticos que siguen al lector como un perro faldero moviendo sin cesar la cola recortada de sus frases. Rossi, en cambio, busca el diálogo, es decir la diversidad de la razón.

A pesar de las apariencias que nos lo podrían presentar como un Robinson Crusoe de la inteligencia en medio de la confusión de la cultura, no parece estar solo en esa transición

que va de preocupaciones estrictamente críticas y analíticas hacia cuestiones de orden público o, al menos, hacia espacios donde la socialización del pensamiento resulta inevitable y necesaria. Creo reconocer cierto paralelo, cierto aire de solidaridad espontánea entre el itinerario del autor del *Manual del distraído* y el de algunos filósofos dentro y fuera de la lengua española que han transitado de la filosofía analítica a la ética, de la crítica del lenguaje a la teoría de la justicia y los problemas de la virtud. Rossi, más drástico y plenamente leal a su conciencia de la variedad de las experiencias del pensamiento, ha saltado del examen y de la argumentación a la creación de situaciones donde esos argumentos se implican, del escrutinio de lo irreductible a la encarnación de ese irreductible que es por excelencia el lenguaje literario.

En esa transición hacia el mundo y la historia, Rossi se encuentra, desde luego, a sus maestros y amigos, saluda y reconoce a las personas que soportan el pensamiento, identifica recursos, argucias, mañas, usos que auspician o decepcionan —en los otros y en él mismo— ya no

sólo la vida intelectual o la pedagogía sino la comunicación misma, la amistad, el sentido común. Las historias de Rossi son en muchos sentidos pedagógicas y algunos de sus motivos asiduos son los diversos ritos de iniciación, los aprendizajes, los entusiasmos y decepciones que sufre una pedagogía de la diversidad, los ejercicios de admiración intelectual, las perplejidades de la amistad, la cruzada festiva contra modas y retóricas, la sátira y la anatomía incesante de muchas de las formas de desprecio o sobreestimación que la comodidad gregaria y la aceptación pusilánime le imponen a la inteligencia.

Esa transición se da también como un reconocimiento de la diversidad y multiplicidad de interlocutores que rodean al autor. A las muchas patrias, a las muchas tierras donde el autor tiene memoria —Italia, Venezuela, Argentina, México, España, Inglaterra, Alemania— corresponden otros cosmopolitismos, la condición versátil de un autor que es capaz de expresarse a través de diversos lenguajes y que domina diversos idiomas culturales, pertenece

a diversas razas discursivas. Esta pluralidad de biografías y de virtudes intelectuales se expresa desde luego en su obra literaria. Una obra escrita y releída bajo diversos ángulos y que es capaz de hipnotizar al lector: por la milagrosa sencillez con que logra esa compleja convergencia. Por otro lado, no cabe duda de que esa conciencia de la riqueza de interlocutores reales y potenciales ha sido uno de los factores decisivos en la salida de Alejandro Rossi hacia la literatura. Una salida, ya lo dijimos, similar a la de Don Quijote, guiada por la inquietud de la universalidad y de la vigencia vivida, de la autenticidad, si nos asusta decir del pensamiento. Paradójicamente, tal riqueza de interlocutores que son asuntos, que son espacios parecería la materia prima de una literatura, *sueños de Leibniz*, que se abre al mundo para comprender su diversidad pero que está fatalmente condenada a concentrar, reducir y condensar —*Sueños de Occam* y *Sueños de Gorrondona*, de tal forma que le sucedería al autor algo similar a lo que afecta a Don Quijote quien sale de su biblioteca hacia el mundo, fatigado del fraude fantástico

de las novelas de caballería sólo para descubrir, a la vuelta de cada nueva aventura, que el mundo está incurablemente enfermo de mentiras, que la distancia entre los sueños y la realidad sólo la salva la voluntad o el fraude y que la carne es aún más triste cuando, después de haber leído todos los libros, todavía se tiene la audacia de leer el libro del mundo. Así, por el hecho mismo de conocer por igual los secretos que gobiernan el álgebra de la mente y las contraseñas de la historia, el autor nos parecería entregado a un desgarramiento, y a una tensión poco habituales que dan a su aventura literaria la consistencia de una ética. Si por un lado su vocación literaria lo apremia hacia una avidez comprensiva de la experiencia y del mundo, por el otro sus virtudes intelectuales naturales y adquiridas, su educación intelectual, los métodos y hábitos de su conducta mental lo enfrentarán a la certeza de que ninguna historia concluye verdaderamente ni siquiera por el hecho de que todas tengan algo en común. Esa tensión lancinante alimenta lo que he llamado la ley de Rossi: aquella ecuación según la cual

el sentido se recobra y se fortalece en la medida en que los sentidos se abren inteligentemente al mundo. El amor está en los detalles. Esa es la razón por la cual la inteligencia amistosa de Alejandro Rossi representa algo más que un dato estilístico y es, en definitiva, reconozcámoslo, un arte de vivir.

**Lado A**

De *El cielo de Sotero*: "En plena fuga"

De *Manual del distraído*: "Relatos"

**Lado B**

De *La fábula de las regiones*:

"Sedosa, la niña"

Edición en cassette de *Alejandro Rossi*

Voz Viva de América Latina,

(c) UNAM, 1994

Diseño: Hugo Álvarez Ravelo

Fotografía: Paulina Lavista

Cuidó la edición: Elva Macías

Coordinación de Difusión Cultural/

Dirección de Literatura/Voz Viva